

EL AVION DEL SINAI

NIXON había dicho alegremente que este era su «mes de Oriente Medio»: a punto de recibir a un enviado especial egipcio —Mohammed Hafez Ismail, consejero especial del Presidente Sadat— y, pocos días después, a Golda Meir. El ataque de la aviación israelí al avión comercial libio en el Sinaí —más de cien muertos civiles— ha enturbiado el panorama. Unas horas antes, Israel había realizado otra operación espectacular, y hasta deliberadamente espectacular, porque había invitado a los corresponsales extranjeros a que la presenciasen: el ataque a unas bases palestinas en el interior del Líbano. ¿Bases o poblados de refugiados? Es difícil diferenciar una cosa de otra. Hubo también muertos, un número que varía según la información sea árabe o israelí, como también varía la calidad de esos muertos: según Israel, guerrilleros; según fuentes palestinas y libanesas, civiles. La relación entre estos dos hechos y los propósitos de Nixon parecen evidentes para todos los observadores mundiales. Como también su relación con lo que se llama en el Cairo la «ofensiva de paz» de Sadat, que ha provocado ya graves incidentes y acciones por parte de los árabes que temen que suponga una capitulación. La agresión israelí serviría para dar nuevas razones a estos belicistas y para que la división en Egipto se haga aún más dura (1).

Si alguien puede preguntarse por qué razón Israel puede temer una paz en la zona, la respuesta puede encontrarse en Vietnam. Israel, dependiente muy estrechamente de los Estados Unidos para la conducción de su guerra, puede temer seriamente que la política «abandonista» de Washington le deje en el aire, como ha dejado a Thieu en Saigón. Estados Unidos pueden tener muchas razones para desear la paz en el Oriente árabe, y para tratar de forzar a sus aliados a aceptarla. Una, muy importante, es su acuerdo global con la URSS, hasta ahora cumplido muy cuidadosamente por Moscú, que ha retirado sus técnicos y su material de Egipto —aparentemente por exigencia de Sadat: sabemos todos que si ese acto no hubiese entrado en los cálculos de Moscú no se hubiera realizado, ni Sadat lo hubiese exigido; ni quizá Sadat estaría hoy rigiendo los destinos inmediatos de Egipto— y que

(1) En las páginas 8 y 9 de este número se publica una información de Josette Allia sobre las posibilidades de paz y las tensiones actuales de esta zona: son especulaciones realizadas antes del suceso del Sinaí, pero no por ello pierden su valor. Josette Allia es una observadora frecuente y especializada del conflicto.

no envía armas ofensivas desde hace tiempo. La otra razón norteamericana es la del petróleo. Hay en Estados Unidos escasez importante de petróleo, y necesidad absoluta de él. Las fuentes de Oriente Medio le están prácticamente vedadas —aunque le llegue su producto por otras vías—, y desearía tener acceso directo y barato a ellas. Uno de los países que posee gran parte del petróleo de la zona es Libia, nación a la que pertenecía el avión derribado; Libia está dirigida por El Ghadafi, que está mucho más relacionado con los Estados Unidos de lo que se está haciendo ver, pero que es fanático y nacionalista hasta extremos verdaderamente graves, y que podría reaccionar cerrando su petróleo a Estados Unidos. Claro está que parece extraño que precisamente en estos momentos un avión libio de pasajeros se haya equivocado de ruta y hasta entrado en territorio ocupado por Israel. ¿Y si la equivocación hubiese sido planeada, si el avión hubiese sido guiado hacia la falsa ruta desde tierra? Es una eventualidad que por insensata que parezca no hay que descartar del todo. Otras más extrañas se han producido. La acción doble de Israel en un mismo día, el día en que Hafez Ismail llegaba a Washington para visitar a Nixon, puede estar destinada a provocar una reacción inmediata de los guerrilleros árabes y, por consiguiente, a dificultar las negociaciones posibles, la paz posible.

HAY que tener en cuenta, de todas formas, que Israel no es Vietnam del Sur. Su dependencia de los Estados Unidos es mucho más compleja. Ha habido humoristas que han dicho que los Estados Unidos eran un satélite de Israel; el humorismo siempre refleja una parte principalísima de la realidad. La penetración de las organizaciones sionistas en la estructura norteamericana es muy profunda —el propio Kissinger es judío— y muy ramificada. Los grupos de presión pro israelíes de Washington no dejarían fácilmente que Israel fuese abandonado en la medida en que lo ha sido Vietnam del Sur. Probablemente no lo será, y se mantendrá en condiciones muy privilegiadas. Pero caben pocas dudas de que Nixon está decidido no a celebrar su «mes de Oriente Medio», como ha dicho, sino sus cuatro años de Oriente Medio, si son precisos: el final de la guerra en Asia y la política general de conciliación necesitan ser completados con la estabilización de la zona. A la larga, Israel tendrá que aceptar algunas condiciones a las que hoy es hostil y, desde luego, a la perspectiva de continuar ampliando sus territorios por medio de la guerra y a costa de los árabes. Y tendrá igualmente que



En las arenas del desierto del Sinaí, soldados israelitas montan guardia en torno a los restos del avión civil derribado por sus cazas.



El ministro de Información egipcio, Adbel Kader Hatem, explica a la prensa las circunstancias en que el atentado israelí se produjo.

aceptar alguna forma de solución para los palestinos expulsados de sus territorios. De otra forma, no habrá paz.

EL ataque al avión civil tiene otras implicaciones, además de las de suponer un intento para contener la ofensiva de paz. Son las que pueden llamarse morales. En este aspecto de la moral de guerra hay que atenerse siempre a unas convenciones, no a un fondo puramente ético abstracto. Hay cosas que el mundo tolera, cosas que no tolera. Hay más razones meramente psicológicas y culturales que puramente morales. El mundo puede tolerar con facilidad el bombardeo de una ciudad, el de un poblado de refugiados, que el acto de derribar un avión civil perteneciente a una línea comercial. El mundo tolera ya muy mal los secuestros de aviones, aunque no hayan creado hasta ahora víctimas civiles —que se sepa: no se puede saber, naturalmente, que aviones perdidos en accidente lo han sido a causa de un secuestro malogrado—; por lo tanto, tolera mucho menos que se derribe un avión de pasajeros. Es un mundo de pasajeros de avión, que no dejan de pensar como tales pasajeros de avión... Naturalmente que el acto tiene precedentes en todas las guerras —los alemanes hicieron especialidad suya el ataque a aviones de pasajeros y el torpedeo de barcos de línea en las dos últimas guerras—, pero la extraña situación de Oriente árabe, en la que no quiere aceptarse la existencia de una guerra, enturbia más la cuestión. Y el mundo ha condenado unánimemente este acto de gobierno. Acto de gobierno, porque en los quince minutos que duró la persecución hubo tiempo suficiente para que los pilotos militares consultasen con sus superiores, y éstos con el Gobierno; si es que todo ello no estaba premeditado. La condena unánime se une a una situación general de malestar por la manera en cómo Israel está desde hace años impidiendo todo arreglo pacífico de la cuestión y dejándose llevar cada vez más por el triunfalismo y el fanatismo. Israel, que partió de una anuencia prácticamente mundial en el momento de la guerra de los seis días, y que ha ido contando con ella hasta en algunos de sus actos más dudosos —recordemos el robo de las lanchas armadas del puerto francés de Cherburgo; han sido ellas las que han servido, tres años después, para la operación de la semana pasada contra el Líbano—, la está perdiendo. Una acción como ésta podrá estar hecha para provocar una sucesión de acontecimientos militares, o una escalada del terrorismo, que aleje las posibilidades de paz. Sin embargo, despiertan en la opinión pública la sensación contraria: la de que hay que terminar con este cáncer del mundo, el más difícil y más peligroso que existe una vez terminada la guerra de Vietnam.

POR otra parte, no parece que pueda considerarse como un hecho decisivo, caigan o no los dirigentes árabes en la provocación. La decisión de instalar la paz sobrepasa ya las maniobras o acciones locales: tardará más o menos, pero se hará. De la misma forma que se vio claro en un momento determinado que la paz en Vietnam iba a cuajar, aunque después de ese momento se realizasen los bombardeos más enloquecidos y más sangrientos, se ve ahora que la decisión de paz en Oriente árabe está tomada, y que tardará quizá años, pero va a realizarse. Todo lo que se haga, sin embargo, sin contar con los palestinos será inútil. Son la única y verdadera fuerza moral de la situación —sea cual sea la forma de reflejarla—: la de las personas desplazadas de su país, condenadas durante años a la miseria y el abandono. Se ha intentado muy cuidadosamente su exterminio; quizá se siga intentando. Sólo el exterminio o una forma de satisfacción de los palestinos podrán poner un fin real a la guerra del Oriente árabe.

ASIA: DE MAC ARTHUR A MARSHALL

Doce ministros de Asuntos Exteriores y el secretario general de las Naciones Unidas están reunidos en París, desde el lunes, para «contribuir al mantenimiento y garantía de la paz» en Vietnam. Tres ministros son vietnamitas —del Norte, del Sur y del GRP, que queda así oficialmente reconocido—, otro de Estados Unidos: los cuatro forman el grupo de naciones combatientes. Otro grupo es el de las naciones elegidas para vigilar el alto el fuego: Canadá, Hungría, Polonia e Indonesia. Los otros cuatro son los que se llamaron «grandes», y hoy son más públicamente conocidos como los miembros permanentes del Consejo de Seguridad: Francia, China, Gran Bretaña, Unión Soviética (el quinto «grande» es, como se sabe, Estados Unidos, que participa ya en el grupo de los combatientes). Si por lo menos dos naciones más se hubieran incorporado a la conferencia, Laos y Camboya, ésta hubiera tenido un carácter más amplio: el de la paz en Indochina. Se ha procurado rehuir esta cuestión. Laos y Camboya, aun con un alto el fuego firmado, siguen aún recibiendo la visita de los bombarderos de Estados Unidos. No ha llegado su turno.

La conferencia comienza cuando Kissinger viene de China, de estrechar los lazos anteriores y decidir el intercambio de «oficiales de enlace», para no mencionar la palabra embajadores o relaciones diplomáticas. Es igual. Las relaciones progresan firmemente, y bien puede decirse que la conferencia de París —la paz en Vietnam— y la relación Estados Unidos-China son interdependientes. Puede tomarse la idea de que los Estados Unidos han aceptado la paz en Vietnam para poder abrir la gran puerta de China, aunque no es menos aceptable la inversión de la frase: «La imposibilidad de ganar la guerra en Vietnam, ha llevado a cambiar la gran política asiática —la política del Pacífico— de los Estados Unidos y a pactar con China en lugar de hostilizarla». Las tres etapas son estas: la primera, el intento de derribar el régimen comunista como fuese, valiéndose de Chiang Kai-Chek; la segunda,

admitida la estabilidad de aquel régimen, mantener una política de contención y de cerco. La tercera, el pacto y la nueva amistad. Lo que está haciendo ahora Estados Unidos, en la conferencia de Vietnam y en las relaciones con China, es terminar con la «línea MacArthur». Mac Arthur fue prácticamente un virrey de los Estados Unidos en Asia, y elaboró toda la estrategia del Pacífico. Propuso que los Estados Unidos utilizaran la bomba atómica contra China, lo dijo públicamente y Truman le destituyó. Ahora, China y Estados Unidos establecen la idea de que todos sus problemas mutuos pueden ser resueltos por vía pacífica, los soldados norteamericanos se marchan de Vietnam, y pueden comenzar una serie de retiradas y de cambios de gobierno en los países de la «línea Mac Arthur». Ya en Australia y Nueva Zelanda, dos de los bastiones del Pacífico, han caído los gobiernos conservadores que habían mantenido en activo la línea militar —con el envío de cuerpos expedicionarios a Vietnam— y han sido sustituidos por laboristas, que reconocen a China. Las sacudidas de Filipinas, donde hay un régimen fuerte, señalan también una voluntad de cambio, que puede o no prosperar.

La intención más amplia de Nixon parece ser la de crear una especie de Plan Marshall para Asia. Querrían contar para ello con dos naciones: la URSS y el Japón. Quizá, en segundo término, con alguna europea, para dar al todo un aspecto simétrico. El secretario de Estado, Rogers, ha tenido ya una reunión en París con Gromyko sobre este tema: se ampliará cuando Brejnev visite Washington. Con Japón hay líneas directas (y el Emperador visitará Washington antes de que termine este año).

Se trata, en principio, de la reconstrucción económica de Vietnam, de un Víctima reunificado a la larga; y más tarde, de toda Indochina. Estados Unidos han pasado de un mito a otro, de un general a otro: de Mac Arthur a Marshall. Pero un Marshall reformado, menos imperialista. Por lo menos, en lo visible. ■ J. A.